



Valanaveva

Texto: Silvia de Urquía y Antonio Mónaco
Dirección: Antonio Mónaco
Actuaciones: Lalo Alías, Agustina Anzoátegui, Pedro Benítez, Silvia de Urquía, Gonzalo Funes, Cecilia Martín, Antonio Mónaco y Diana Saez. Leandro Fernández Strifezza (reemplazo de Gonzalo Funes) y Alejandro Bocca (reemplazo de Leandro Fernández Strifezza)
Asistencia de dirección: Alejandro Bocca
Música original: Rodrigo Frugoni
Diseño escenográfico y de iluminación: Antonio Mónaco
Diseño y realización de máscaras y vestuario: Claudia Farías
Entrenamiento corporal: Gabriel García Malvassi
Diseño gráfico: Lourdes Rojo
Construcción de herrería: Cirujano Reciclador
Estreno: El Club del Teatro, 26 de agosto de 2023
Duración: 60 minutos

PALABRAS CLAVE: TEATRO – UNIVERSIDAD – RESISTENCIA – MEMORIA – MAR DEL PLATA
KEYWORDS: THEATER – UNIVERSITY – RESISTANCE – MEMORY – MAR DEL PLATA

El pulso de la resistencia: notas sobre *Valanaveva*

Stephanie Mailén Bustamante Salvatierra¹

Asistir a una función del grupo de Teatro de la Universidad Nacional de Mar del Plata siempre implica algo más que el mero hecho estético. Nos invita a conectar con una parte viva de la historia cultural de nuestra ciudad. Este espacio, que comenzó sus actividades públicas el 17 de enero de 1991, ha trabajado sin parar en

¹ Profesora y licenciada en Letras, profesora en Cs. de la Educación y abogada por la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP). Actualmente, es becaria A de la UNMDP, y se encuentra cursando la Maestría en Letras Hispánicas (Facultad de Humanidades, UNMDP). Pertenece al grupo de investigación Estudios de Teoría Literaria. Contacto: stephaniembustamantes@gmail.com

las tablas locales durante décadas. A lo largo de los años, se ha consolidado como un faro de resistencia y formación. Aquí, el arte no se considera solo un producto de consumo o entretenimiento pasivo, sino un medio para el debate comunitario. Su nueva propuesta, *Valananeva*, escrita por Silvia de Urquia y Antonio de Mónaco, y dirigida por este último, se inscribe en esa línea. El teatro universitario no busca la complacencia ni la evasión ligera. Al contrario, utiliza el escenario para plantear preguntas incómodas sobre el tiempo que vivimos. Nos recuerda la importancia y la necesidad de apoyar, sostener y defender el arte y la universidad pública como espacios para el pensamiento crítico. Esta larga historia, que ha formado generaciones de artistas en la región, se hace evidente en la madurez con la que el elenco aborda un texto denso, complejo y cargado de capas de significación que interpelan directamente nuestra identidad marplatense y nacional.

La experiencia con *Valananeva* comienza con una agresión sensorial que rompe el orden tradicional. Antes de que podamos acomodarnos en la platea o tomar cierta distancia analítica, la sala se sumerge de golpe en un apagón total. En esa oscuridad, estallan sonidos intensos: no se trata de música ambiental, ni de una transición suave, sino de un torrente de voces de los personajes hablando al mismo tiempo. Esa superposición caótica de palabras, murmullos y gritos opera como el primer límite físico, un estruendo diseñado para descolocar y sacar al público de la inercia cotidiana, creando una atmósfera hostil. El caos sonoro limpia el espacio de expectativas predecibles hasta que, de a poco, la luz empieza a asomarse tímidamente, revelando los cuerpos en escena. Este contraste entre la luz y la oscuridad se convierte en el pulso dramático de la puesta. La penumbra aquí no es un error técnico o un recurso para acomodar escenografías. Se trata de una decisión política que materializa en escena el peso de los tiempos adversos. Esos momentos históricos en los que el horizonte parece cerrarse por completo, pero en los que también, en los pequeños destellos, se enciende la insistencia de la esperanza.

La estructura de la pieza teatral parte del poema “El barco”, de Armando Tejada Gómez. Es posible pensar una vinculación entre este texto lírico y el neologismo *Valananeva*. Entendemos que esta palabra remite a la idea de un barco en movimiento, una travesía colectiva que sigue navegando a pesar de la tormenta política o del naufragio social. La metáfora del barco organiza toda la narrativa y se refleja en una clara división entre “el arriba” y “el abajo”. Esta jerarquía del espacio escénico contrasta la precariedad de los oprimidos con la cúpula del poder.

En ese ambiente sombrío del nivel superior, nos encontramos con Nada y Ninguna, dos personajes que, desde sus propios nombres, ya nos advierten sobre la pérdida de la individualidad y la despersonalización a la que nos somete la vida contemporánea bajo ciertas lógicas de opresión. Además, el uso de las máscaras refuerza esta idea. Se distorsionan sus facciones, exhibiendo caras rígidas,

caricaturescas y sin empatía que resaltan la perversión de un régimen que necesita quitar el rostro a sus verdugos para funcionar sin culpa. La interacción entre ambos funciona como un espejo de los mecanismos más profundos del sistema. A través de sus cuerpos y sus parlamentos, la obra no describe una burocracia abstracta, sino que la encarna. Muestra cómo el orden establecido tiende a consumir las identidades individuales hasta reducirlas a engranajes anónimos que repiten comportamientos de manera casi automática. Sus interacciones oscilan entre la resignación y el murmullo asfixiante, representando a esos sujetos históricos que han sido despojados de sus nombres y de sus relatos propios para convertirse en meros ejecutores de una lógica que los supera y anula. El sistema que plantea *Valananeva* no es una abstracción teórica, sino un ciclo político que la puesta decide desmenuzar a través de sus diferentes etapas: la consolidación monolítica, el esplendor y la inevitable decadencia que corroe cualquier orden que pretende ser eterno. En la etapa de consolidación, la obra se vuelve más sutil y perturbadora, mostrando de qué manera las miserias humanas y los procesos de deshumanización se naturalizan bajo la etiqueta del orden diario. El espectador asiste a la construcción de una normalidad perversa, en la que la obediencia ciega se recompensa y el cuestionamiento se castiga con la invisibilidad.



ph cacique

Fotografía cortesía del grupo de Teatro de la Universidad de Mar del Plata, tomada por ph cacique. Actores en escena de izquierda a derecha: (arriba) Diana Saez, Pedro Benítez, (abajo) Cecilia Martín, Lalo Alías, Antonio Mónaco, Silvia de Urquía y Agustina Anzoátegui.

En medio de esta maquinaria emerge la tensión de la valentía. Algunos personajes, arrastrados por una pulsión casi desesperada de dignidad, intentan hacer frente a las lógicas que los oprimen, aunque el miedo tire fuerte. Ese miedo no es una cobardía individual; es la vibración colectiva de una sociedad herida que sabe muy bien a qué se enfrenta y conoce el costo físico de la disidencia. Este conflicto no surge desde un heroísmo idealizado, sino desde la fragilidad de quienes deciden dar un paso al frente, sabiendo que el terreno bajo sus pies es inestable. La obra dialoga directamente con nuestra necesidad de recordar, instalando el recuerdo como una herramienta de lucha contra aquella orden de “aquí no ha pasado nada” que los sectores del poder intentan imponer una y otra vez mediante el olvido planificado y la amnesia colectiva institucionalizada.

Sin embargo, el clima de ensoñación y las pequeñas treguas en las que parece florecer la esperanza se interrumpen sistemáticamente por factores externos que reorganizan el caos. La frase “hombre al agua” corta el aire de la sala como un hachazo. Es un llamado de alerta, un recordatorio de que la caída siempre es una posibilidad latente y de que el sistema no tiene piedad hacia quienes caen o deciden saltar. Este enunciado funciona como un corte abrupto de los momentos optimistas, devolviendo al público a la intemperie de la realidad dramática. No hace falta que la obra nos muestre de manera explícita la caída del orden imperante para que comprendamos su fragilidad intrínseca. La dramaturgia es lo suficientemente astuta como para no caer en el panfleto, ni en el *spoiler* predecible; prefiere dejar abierta la idea de que, a pesar de la deshumanización que asoma en las grietas del sistema, siempre hay un resto, una comunidad dispuesta a no agachar la cabeza y a resistir ante la corriente. Esa sutileza para mostrar el quiebre de la estructura sin necesidad de recurrir a la descripción literal es lo que mantiene al espectador aferrado a su asiento, intentando adivinar el destino de esos cuerpos en resistencia.

El diseño del espacio en *Valanaveva* complementa esta opresión y fragmentación. La escenografía, despojada de adornos realistas superfluos o decorados distractores, enfatiza la vulnerabilidad de los cuerpos ante un poder que lo abarca todo. Los actores se mueven en un entorno que cambia constantemente ante la mirada del público: puede ser una oficina gris de control burocrático, un calabozo de la memoria reprimida o la cubierta de un barco a la deriva en medio de una tormenta. Esta flexibilidad del espacio permite que el espectador no se estanque en una lectura histórica lineal o meramente cronológica, sino que establezca conexiones permanentes entre las tragedias del pasado y los desafíos del presente más inmediato. Las dinámicas de persecución, subordinación y complicidad que se despliegan en el escenario interpelan de forma directa a los espectadores, eliminando cualquier posibilidad de distensión o neutralidad.



ph cacique

Fotografía cortesía del grupo de Teatro de la Universidad de Mar del Plata, tomada por ph cacique. Actores en escena de izquierda a derecha: (arriba) Diana Saez, Pedro Benítez, (abajo) Cecilia Martín, Antonio Mónaco, Agustina Anzoátegui, Alejandro Bocca, Lalo Alías y Silvia de Urquía.

Cabe destacar que en esta pieza teatral se manejan los tiempos con una precisión notable, logrando que el ritmo de la puesta no decaiga incluso en los momentos de mayor densidad textual o discursiva. La combinación entre la crudeza de las situaciones planteadas y el lirismo de ciertos pasajes genera un contraste que sacude al asistente y lo obliga a reacomodarse constantemente. No hay golpes bajos ni recursos efectistas, pero sí una honestidad brutal a la hora de retratar cómo el miedo paraliza a una comunidad y cómo, a menudo, la propia sociedad se vuelve cómplice de sus opresores al preferir la comodidad del silencio a correr el riesgo de hablar en voz alta. La obra expone con sutileza esas microrrenuncias diarias, esos pequeños silencios cotidianos que terminan consolidando regímenes deshumanizantes, invitando de manera implícita al público a reflexionar su propia conducta y su nivel de compromiso frente a las injusticias de su propio tiempo.



ph cacique

Fotografía cortesía del grupo de Teatro de la Universidad de Mar del Plata, tomada por ph cacique. Actores en escena de izquierda a derecha: Lalo Alías, Cecilia Martín, Antonio Mónaco, Agustina Anzoátegui, Silvia de Urquía y Alejandro Bocca.

Apoyar este tipo de producciones independientes y autogestionadas desde las instituciones públicas de educación es, en el contexto actual, un acto de soberanía cultural valioso. En un tiempo en que las industrias culturales tienden a homogeneizar las expresiones artísticas y a privilegiar las propuestas orientadas al consumo rápido, la Universidad Nacional de Mar del Plata exhibe, a través de la persistencia de su grupo de teatro, que las aulas y los escenarios públicos son espacios indisolubles en la construcción de ciudadanía. Defender la universidad pública no es solo defender el presupuesto para la investigación científica o el normal desarrollo de las clases; es resguardar la existencia de estas plataformas de cuestionamiento social en las que la comunidad puede mirarse a sí misma sin los filtros del mercado, ni las demandas de la rentabilidad económica. El teatro universitario se convierte así en un bien público y una herramienta colectiva que

democratiza el acceso al pensamiento abstracto, a la memoria histórica y a la sensibilidad social.

Así, recordamos las palabras del saludo final del elenco en el que nos agradecen por habernos sumado a esta travesía de lucha y enfatizan que “seguiremos luchando”. Por eso, al salir de la sala no nos sentimos aliviados. Nos vamos con esa energía, con ese ánimo de haber sido testigos y partícipes de un acto de resistencia cultural necesario. *Valananeva* demuestra que el teatro no ha perdido su capacidad primordial de intervenir en el presente y de transformar a quienes lo habitan. Nos recuerda que la memoria no es un archivo muerto que se consulta con nostalgia, sino un fuego que se transmite de generación en generación para no quedar a oscuras en los tiempos que vienen. El destino de la travesía queda en nuestras manos, con la certeza de que el viaje continúa. Mientras haya cuerpos dispuestos a sostener la palabra, la lucha por no ser borrados seguirá encontrando su lugar en el escenario.